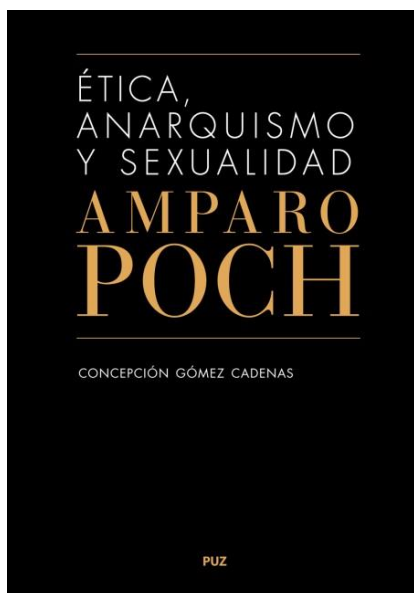


## Hemos leído

**Gómez Cadenas, Concha. *Ética, anarquismo y sexualidad: Amparo Poch y Gascón*. Zaragoza: Pressas Universitarias de Zaragoza, 2022.**

**Diego Gracia**

**Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud**



El libro de Concha Gómez Cadenas recupera para la historia uno de esos personajes en los que la aparente irrelevancia y hasta fracaso de su actividad pública va unida a una impresionante, modélica y aleccionadora personalidad interior. No es un fenómeno inusual, y menos único, pero quizá por ello resulta más valioso. Suele sucederles a todos aquellos que, en aras de un importante ideal humanitario, toman partido por una opción que al común de la sociedad puede parecer radical, o lo que es peor, intolerable. Es algo que a lo largo de la historia nos encontramos con cierta frecuencia en personas poseídas de grandes ideales, por lo general religiosos. No es el caso de la protagonista de esta historia, Amparo Poch, que no dedicó su vida a un ideal religioso, o quizá sí, sino a esa especie de religión secularizada que ha sido desde sus orígenes

y es el anarquismo.

Recordemos brevemente su historia. Cuando en el siglo XVIII se inició la gran revolución contra el absolutismo político y se quiso construir el nuevo concepto de democracia (una categoría ya vigente en la Grecia antigua, pero con un sentido sensiblemente distinto), se intensificó la reflexión, ya iniciada siglos antes, sobre eso que dio en llamarse el “estado de naturaleza”, la situación humana anterior al “contrato social”. Para Hobbes era un estado de guerra, el *bellum omnium contra omnes*. Fue un prerromántico, Juan-Jacobo Rousseau quien, en su *Contrato social*, defendió la tesis opuesta: el ser humano es bueno por naturaleza, y es el Estado, precisamente, el que le hace egoísta y perverso. Si gestionáramos bien el estado de naturaleza, si

educáramos adecuadamente a la población, la sociedad sería armónica y no necesitaríamos del Estado, que siempre será un Leviatán, como ya dijera Hobbes. No en vano, lo que define y caracteriza al Estado, Max Weber *dixit*, es el uso de la fuerza. El Estado es por naturaleza violento y coactivo. En una sociedad bien ordenada, o mejor, bien educada, el Estado sería innecesario. Algo que la humanidad ha barruntado desde siempre, como lo demuestra la apelación continua en la mitología de culturas muy distintas a eso que los judíos llamaron “paraíso terrenal”, que en la cultura griega antigua se conocía con el nombre de “edad de oro”, y que los españoles creyeron encontrar en la recién descubierta América. De hecho, la expresión “estado de naturaleza” entró en la politología europea a partir de la lectura que sus filósofos hicieron de las diversas crónicas de Indias que llegaban a sus manos y excitaban su imaginación.

Amparo Poch y Gascón fue una persona de corazón y mente anarquista. Quiero decir con esto que fue una buena persona, convencida de que lo importante no es el Estado sino la sociedad, de la que aquél es mero epifenómeno, y como tal prescindible. El lenguaje del Estado es el Derecho, en tanto que el propio de la Sociedad es la Ética. De ahí la importancia de la educación en la idea anarquista de la vida. Lo que Amparo Poch buscó fue poner todas sus capacidades al servicio de la promoción de una sociedad mejor, más humana, compuesta por personas buenas, pacíficas y colaborativas. Por eso estudió la carrera de medicina. No fue un azar sino una vocación que ya presagiaba lo que iba a ser su vida entera.

También tiene sentido que, tras acabar la carrera, se especializara en Puericultura. Ahí estaba el futuro de esa sociedad a cuya formación y crecimiento había que ayudar. No puede extrañar, por ello, los temas que le preocuparon, y a los que dedicó su amplia producción escrita, publicada siempre en medios populares de educación ciudadana: el amor, la sexualidad, la prevención de las enfermedades de transmisión sexual, la anticoncepción, el aborto, la eugenesia, la eutanasia, la dieta, la higiene, el naturismo. Y ello, en unos años en que no era fácil hablar de estas cuestiones, ni sencillo conservar en todo momento el imprescindible equilibrio, el juicio equilibrado y prudente. De hecho, Amparo buscó ese equilibrio, pero sin lograrlo en un buen número de ocasiones. Buen ejemplo de ello es lo que escribe a propósito de la eugenesia. Este término, como es bien sabido, fue acuñado por Galton, primo de Darwin, para designar la búsqueda científica de la mejora de la especie humana. Fue uno de los ideales progresistas de la sociedad occidental en las primeras décadas del siglo XX. Luego vino su desprestigio tras el uso que de él se hizo en la Alemania nazi. En los años de la Guerra Civil, Amparo lo sigue propugnando. Y escribe: “Es indudable que la especie humana ha desmejorado visiblemente en su física; como es indudable que la Higiene, la Medicina y la Caridad rivalizan en conservar tipos débiles, tarados, inferiores, que se reproducen bajando notablemente el nivel del medio de resistencia y vigor de los hombres. A tanto extremo inútil se llegó en este sinsentido, que son enormes las sumas de energía, tiempo y dinero consumidas en el cultivo desdichado y desaprovechado de una serie de profundos anormales en los que jamás ha de aparecer el menor destello de inteligencia animal. Individuos que no aprenden a hablar, que no tienen dirección ninguna de sus funciones corporales, y cuyas manifestaciones de sensibilidad se reducen a gruñidos indiferentes... Y para el verdadero destino de esos seres sin nombre, hay elección. Y no vale escandalizarse púdicamente. O matarlos dulcemente, causando a su insensibilidad el menor daño

posible, o aprovecharlos... Aprovecharlos recurriendo a los mecanismos de la Biología, en esa región donde son iguales los animales y el Hombre, los idiotas y los sabios... Aprovecharlos, en fin, en un instituto de vacunoterapia y sueroterapia, para la obtención de vacunas y de sueros. El hecho reportaría ventajas: suero de la misma especie y posibilidad de obtenerlo con mucha mayor facilidad que ahora en cuanto a determinadas enfermedades: sarampión, parálisis infantil, etc.” (p. 301).

Tras reconstruir con minucia y detalle la vida y la obra de Amparo Poch y Gascón, la autora de esta detallada monografía, Concha Gómez Cadenas, finaliza su obra con unas “Conclusiones”, en las que destaca la búsqueda de la excelencia, el enorme compromiso social y el continuo afán educador de Amparo Gascón. Pero a la vez señala la falta en su obra de un “cuerpo teórico estructurado” y la “ambigüedad” de muchas de sus opiniones sobre los temas sobre los que escribe, como la sexualidad, el aborto y el amor libre. “Por una parte fue una defensora clara del placer y de la búsqueda de la felicidad, así como de la inconstancia y la diversidad en las relaciones de pareja. Pero por otra parte fue defensora de un ideal del ‘buen amor’, basado en la espiritualidad, el sentimiento y la elevación moral.” (p.346). Las Conclusiones terminan con este párrafo, con el que también concluye esta reseña: “El propio final de Amparo fue coherente con su manera de entender la vida como ‘vida plena’. Si, como todo parece indicar, optó por suicidarse, teniendo en cuenta los hechos que conocemos y los valores que creemos que entraron en juego, consideramos que su decisión fue trágica, pero coherente.” (p. 348).